

El Amigo del Pobre

FRANQUEO
CONCERTADO

DECENARIO POPULAR CON CENSURA ECLESIASTICA

FRANQUEO
CONCERTADO

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

10 números cada diez días, 2 reales al mes	
50 " " " " " 1 pta. " "	
100 " " " " " 5 " " "	
500 " " " " " 25 " " "	
1000 " " " " " 50 " " "	

«Este precepto os doy: Amaos los unos á los otros como Yo os he amado.»

(JESUCRISTO Á SUS DISCÍPULOS)

Tirada mensual de este periódico
21.000 EJEMPLARES

ADVERTENCIAS

Los encargos y suscripciones de la localidad en la librería de

D. Lino V. Sanguenís, Corrida, 73

La correspondencia de provincias al señor Dtor. de EL AMIGO DEL POBRE.—Gijón.

PASIONARIA

Sí, sí, Tú eres madre como yo... y te llaman Consuelo de los afligidos!... —exclamaba la infeliz mujer en las angustias supremas de un dolor sin conformidad y sin consuelo, arrodillada allí junto a la cuna del niño moribundo, con los ojos fijos en la imagen de María, que formaba el mejor ornato de aquella estancia, y, con la voz entrecortada por los sollozos y los suspiros, repetía por vigésima vez lo menos la hermosa oración de San Bernardo: «Acordaos...»

El cansancio y el dolor la hicieron perder por algunos momentos la conciencia de su existir y cuando miró de nuevo la cuna... ¡la halló vacía! La Muerte se había llevado al fin su codiciada presa dejando tras sí abierta de par en par la puerta de la alcoba.

—Yo la seguiré hasta hacer que me devuelva mi tesoro,—exclamó la madre, irguiéndose como leona a quien arrebatan sus cachorros, y atravesando de un salto el umbral de su morada.

La noche estaba oscura como boca de lobo y fría como el corazón del egoísta; unas cuantas estrellas asomaban apenas sus pálidos rostros por entre el velo tupido que formaban las nubes. Varios caminos arrancaban del mismo punto y la madre quedó perpleja en la elección; ignoraba cuál había tomado la Muerte. Dolorida y anhelante preguntó a las estrellas:

—Pálidas estrellas, vosotras lo habéis visto, sin duda. ¿Por dónde va la Muerte con la luz de mi vida?

—¡Oh! sí, te lo diremos, pero danos el intenso y vívido fulgor de tus ojos.

La madre, sin vacilar, entregó a las estrellas el brillo de sus ojos,—envidia y admiración de todas las mozas del lugar,—y desde entonces se quedaron apagados y mortecinos.

—Toma el camino del centro y sigue adelante,—dijeron las estrellas.

La madre emprendió presurosa la marcha; las piedras magullaban sus

pies y el viento azotaba su rostro; pero ella seguía, seguía sin detenerse hasta llegar a una encrucijada. ¿Cuál de aquellos senderos habría seguido la Muerte? La madre corrió a preguntarlo a una zarza que había en el centro:

—Amiga zarza, tú lo debes saber. ¿Qué camino tomó la Muerte con el sol de mi alma?

—¡Ah! sí, te lo diré, pero caliéntame en tu seno porque estoy yerta de frío.

La madre abrazó la zarza para prestarle calor y las punzantes espinas desgarraron y ensangrentaron su pecho que había servido tantas veces de cuna a su hijo; pero ¿qué le importaban las heridas? así sabría por qué senda iba su niño en brazos de la Muerte e iría en su seguimiento.

—Suéltame ya,—dijo la zarza,—toma el sendero de la derecha y sigue adelante.

Con las alas que prestan el amor y la esperanza la madre prosiguió su interrumpido viaje hasta que dos árboles con sus entrelazadas ramas le interceptaron el paso.

—Reyes de las selvas,—les dijo con voz suplicante,—dejadme seguir mi camino y decidme si habéis visto a la Muerte con la prenda de mi corazón.

—Te dejaremos libre el paso y te mostraremos por dónde va tu hijo; pero danos tus dorados cabellos para engalanarnos y lucirnos mañana cuando, con los rayos del sol, brillarán como hilos de oro.

La madre arrancó sus trenzas, con las cuales jugaba el pequeñín mientras se dormía, y las colgó de los árboles.

—Mira,—le dijeron mientras apartaban sus ramas para dejarle el paso libre.—¿ves aquellos blancos bardales? Allí habita la Muerte; allí también está el jardín de la vida caduca de los humanos.

—¿Y estará allí mi hijo?

—Tal vez, tal vez,—contestaron a dúo.

—Adiós, buenos árboles,—gritó desde lejos la madre que, sin escuchar

nada más, echó a correr desalada hacia el campo circuido por blancos muros.

La desdichada madre pensaba que todos los obstáculos estaban vencidos y que podría llegar fácilmente hacia el lugar de sus anhelos. ¡Qué desengaño! Un riachuelo que corría murmurando, no muy distante del campo de la Muerte, le impidió continuar la marcha.

—¡Ay!—exclamó la madre sintiendo que su corazón se desgarraba más y más—¿habré de renunciar a mi esperanza? Claro riachuelo, es muy hondo tu cauce; detén por compasión tu curso y déjame pasar para inquirir dónde se halla mi tesoro.

—Consentiré de buen grado si me regalas el abundante manantial de tus lágrimas.

—¡Oh! no, por Dios! ¿no sabes que son el consuelo de mi vida?

—¡Eal decidete antes de que me arrepienta de la proposición que te hago porque ahora mismo han caído en mí algunas y son tan amargas...

—Tómalas si así te place,—exclamó la cuitada arrojándose en un arranque de generosidad y desde entonces las fuentes de sus ojos quedaron secas.

El riachuelo detuvo el curso de sus aguas y la madre pudo trasponer la otra orilla a pie enjuto y llegar hasta el jardín de la vida cuando empezaban a clarear los primeros rayos de la aurora.

De un empujón abrió la mal cerrada puerta y se introdujo en aquel misterioso lugar en donde, hasta aquel momento, ningún viviente había penetrado. ¡Grande fué su sorpresa! Creía ver por todas partes símbolos y despojos de la muerte y se halló con un florido vergel en donde había toda clase de flores, unas hermosas, lozanas y fragantes, otras raquílicas, nauseabundas y comidas de gusanos; algunas completamente abiertas y muchísimas otras aún en capullo o apenas empezando a descoger sus pétalos. A cada instante brotaban nuevos

pimpollos y cañan deshojadas y mustias flores que unos minutos antes lucían todas sus galas.

La madre contempló con extravíos ojos aquel conjunto un momento y se disponía a penetrar más allá cuando sintió detrás de sí un ruido de huesos que entrecrocaban y un gélido soplo heló la sangre en sus venas, volvió el rostro y vio a su lado a la Muerte.

—¿Qué haces aquí, atrevida mortal?—le preguntó con voz cavernosa.

—Quiero a mi hijo. ¿Dónde le tienes que no le veo?

—Aquí no es donde moran los ángeles.

—¡Dámelo! ¡es mío, mío!—exclamó la infeliz madre con un grito del alma, —devuélvemelo o me apodero de tus flores.

—¿No sabes que cada una de ellas representa la vida de un mortal? Si las arrancas te haces reo de un horrible crimen.

—¡Yo quiero a mi hijo!

—No puedo devolvértelo porque no está ya en mi poder.

—¿En dónde lo pusiste?—interrogó la madre al par que su pecho se elevaba en un desgarrador sollozo, pero sus ojos permanecieron enjutos ¡había dado sus lágrimas al riachuelo!

—Tú no puedes verlo ni penetrar en la mansión feliz en que ahora habita.

—¡Me engañas! Lo tienes oculto porque lo quieres para tí. ¡Es tan hermoso! ¡Oh! yo sabré vengarme arrebatándote una de estas flores.

Y la madre, fuera de sí, alargó la mano para desprender de su tallo una delicada flor aún en capullo, que encantaba la vista por la nitidez de sus pétalos y deleitaba suavemente el olfato con su exquisita fragancia.

—¡Infeliz!—exclamó la Muerte con tal acento que dejó a la mujer como petrificada un instante.—Esa flor representa la vida de un niño como el tuyo y si la arrancas destrozarás el corazón de una madre.

—¡Jamás!—gritó la desdichada poniéndose ambas manos sobre el suyo.

¡Se sufre tanto! Dime cuál de estas flores representa mi vida y...

—El dolor te enloquece, vuelve en tí, recuerda que nadie debe presentarse ante el Señor sin ser llamado. ¿Acaso no sirve de lenitivo a tu pena el pensar que tu niño es feliz para siempre y sin temor de perder su dicha y su alma?

—¡Oh! yo habría procurado apartar de él todo cuanto hubiera podido causarle pena y daño y después de gozar aquí subiría puro al seno de Dios.

—Mujer ¡cómo te equivocas! Esos desvarios, hijos del amor, me inspiran lástima y quiero curarte de ellos. Sígueme.

Era tan imperiosa la voz de la Muerte que la madre, sin oponer ninguna resistencia, la siguió hasta una especie de colina rodeada de precipicios.

—Mira por mi anteojo hacia abajo, —añadió la Muerte,—al campo del Destino. Allí verás lo que habría sido del ángel que ahora buscas, si hubiera permanecido en la tierra.

Obedeciendo con prontitud se puso a observar atentamente y una horrible escena se desarrolló ante su vista.

En medio de la sierra siete hombres armados hasta los dientes, cargan contra un grupo de viajeros que se defienden a brazo partido, hasta que el trotar de los caballos les anuncia la presencia de la Guardia rural que atrapa a los bandidos y los ata a los árboles para fusilarlos.

En el capitán de ellos, joven aún imberbe, la madre reconoce las facciones de su hijo y el grito de horror que se escapa de su corazón atribulado... la hace volver al mundo de la realidad.

Se había quedado profundamente dormida, presa del cansancio, sobre la cuna del pequeñín poco antes que éste rindiera el último suspiro y aquel sangriento drama era sólo un sueño, más ¡quién lo creyera!, fué para ella como una revelación que vino a infundirle conformidad y consuelo.

Teniendo aun impresa en su mente la horrible pesadilla se levantó para caer de hinojos a los pies de la Inmaculada Virgen.

—¡Habría sido tal vez un criminal, —exclamó muy bajo.—¡Oh! Muerto mil veces! ¡Señora y Madre mía! Cuán cierto es que ninguno de los que a tí recurren queda sin consuelo aun en las penas más hondas de la vida.

Estrechando contra su pecho el yerto cadáver del niño, lo bañó con sus lágrimas, pero sintiendo la herida abierta en su corazón de madre, aliviada por el dulce bálsamo de la resignación cristiana.

El oficinista

Vedlo ahí; sentado, horas y más horas, en una silla; inclinado hacia la mesa de trabajo repleta de papeles que hay que despachar; vestido con ropa dominguera e irreprochable, que presenta una ficción de la realidad; con el cabello encanecido y los ojos hundidos, señal inequívoca de un sufrimiento mental que trastorna el régimen de la salud. La luz entra opaca y débil en el recinto; no se respira el oxígeno puro impregnado de gases atmosféricos y caldeado por el sol. Allí la naturaleza no reina; la vida se extingue. Todo es tranquilidad, silencio, gravedad.

La pluma corre ligera sobre el papel y el sonido del raspeo que produce el contacto suena escandaloso en los oídos; un reloj vacea, chillonamente, su tic tac automático.

Ved al oficinista de cuando en cuando reclinar su frente en la palma de una mano; su cerebro late con fuerza, repercutiendo los latidos en sus sienes que abrasan. Ante sus ojos, fijos en los números trazados en el papel, pasa una sombra que le quita la noción de la realidad; los rasgos escritos parece que danzan, que se mueven, retornando después a su fija posición.

Y haciendo esfuerzos para dominar su imaginación trabaja mudamente, tenaz y

resignado, construyendo cantidades, presentando productos fabulosos que indican las fases del negocio. Llega la hora de comer. El estómago no siente necesidad de alimento; el organismo encuéntrase débil y decaído; el movimiento del cuerpo es lento y perezoso. Sólo se sienten ansias de descansar, de retener el cerebro en una inmovilidad perenne, sin idea fija, libre, a donde le lleve su impulso.

Después de dos horas de descanso en que respira aire sano y disfruta el bienestar de dejarse acariciar por el sol, ve, dolorosamente, que las manecillas del reloj señalan la hora de reclusión.

Llega la noche y la luz eléctrica hiere la vista molestando y el papel refléjase en los ojos brillante y amenazador; porque arranca de sus pupilas el don de ver con natural claridad produciendo en el oficinista este defecto la obstinación para entender lo que no puede leer.

Lógicamente se comprende que expongan la vida por accidentes y enfermedades los obreros del trabajo corporal; pero ¡cuánto más beneficia a la salud el trabajo de éstos que el del oficinista! ¡cuánto más fatal es la catástrofe que lenta y acompasada va produciéndose en el interior del obrero intelectual!

El oficinista es siempre esclavo; la libertad que obtiene es tan estrecha que puede decirse carece de ella.

El oficinista es un paria de su deber y una víctima del carácter de quién está sobre él. El oficinista es aniquilado por la sociedad, porque le exige vivir en cierta categoría de aparato que su poca retribución no le permite. El oficinista es quien más siente sobre sí el latigazo de la explotación y de las cargas del Erario.

Observando esta obscura presentación del trabajo del oficinista y teniendo presente las excesivas horas de trabajo a cambio de un sueldo escasisimo, ¿cómo no prestarles toda clase de apoyo en defensa de sus intereses y derechos?

M. BALLESTER PASTOR.

Los submarinos alemanes obra de ingenieros españoles

Hace seis años que Alemania apenas disponía de barcos submarinos, y un año antes de declararse el desequilibrio europeo estaba ya surtiendo de barcos sumergibles a todas las naciones que los solicitaban, y la casa Fried Krupp, de Kiel Gaarden, constituyó los admirables sumergibles del tipo *Germania*, dotados con las más excelentes condiciones marinas, con destino a Rusia, Perú, Noruega, Austria Hungría y otros países.

En estos últimos años, han estado funcionando activamente, construyendo más de treinta sumergibles armados y varios buques de auxilio para submarinos tipo *Vulcan*.

Pero lo notable del caso, si no constituyera una triste lección para España, es que los planos de la mayoría de las potentes máquinas marinas de estas trágicas maravillas navales son obra original de dos grandes ingenieros españoles: don Rodrigo Lluzar, de la casa Schwartz-Nopt, de Berlín, y del señor Echiqueley, asturiano, que terminados sus estudios de ingeniero naval en la Escuela Politécnica de París, y visto el poco favorable

ambiente que en su patria existía para cuanto al mar se refiere, pasó al servicio del Almirantazgo alemán, distinguiéndose por su especial competencia en el estudio y ejecución de los trabajos de navegación submarina y a los diversos problemas que con ella se relacionan.

Tanto el Sr. Echiqueley, del Almirantazgo alemán, como el Sr. Lluzar, de la casa Schwartz Nopt, de Berlín, son dos estimables compatriotas que hallaron en tierra extranjera lo que no pudieron encontrar en su patria don Narciso Monturiol y D. Isaac Peral, y aunque hace años ausentes del viejo solar español, el recuerdo afectuoso de la España neutral y alejada del gran teatro de la hecatombe, guiará sus pasos en la Estación naval de flotillas de Cuxhaven y en los talleres Germania, de Kiel.

VERSOS DE FELIPE II

*Contentamiento, ¿dó estás,
Que no te tiene ninguno?*

Lo que se debe entender
Fortuna, de tu caudal,
Es que, siendo temporal,
No puedes satisfacer
Al alma, que es inmortal.

Tú me diste y me vas dando
Honra, estado, reino y mando;
Y es tan poco cuanto das,
Que digo de cuando en cuando:
Contentamiento, ¿dó estás?

No estás entre los favores
Deste mundo y sus floreos,
Ni en el fin de sus deseos,
Ni en sus riquezas y amores,
Ni en victorias y trofeos.

En fin, no te halla alguno,
Que todos dicen que no:
Y entienda el mundo importuno,
Que, pues no te tengo yo,
Que no te tiene ninguno.

Lo que costó el descubrimiento de América

Hace poco tiempo fueron encontrados en Génova documentos auténticos que permiten fijar de un modo exacto la suma empleada en el descubrimiento de América por Cristóbal Colón.

Al célebre navegante, como jefe de la expedición, le fué asignado un sueldo de 1.600 pesetas anuales.

Los capitanes de las dos carabelas que marcharon a las órdenes de Cristóbal Colón cobraron 900 pesetas, por año, y cada marinero fué contratado con el salario mensual de cincuenta reales.

El equipo de la flotilla sumó en total 14.000 pesetas. Los víveres (pan, vino, legumbres, carnes etc.), costaron seis pesetas por mes y por cabeza.

Cuando regresó Cristóbal Colón, recibió 22.000 pesetas, a título de reembolso, por las cantidades que adelantó durante el viaje. Esa suma

representa los gastos de la expedición, que duró desde el 3 de Agosto de 1492 a 4 de Marzo de 1493.

Si a las 22 000 pesetas se añade la suma de 14.000 que según hemos dicho, costó el equipo de la flota, resulta que uno de los más grandes descubrimientos de que se enorgullece la Humanidad, ha costado 36.000 pesetas.

No puede darse nada más económico.

Las cifras que acabamos de citar, han sido extraídas de los libros de los hermanos Pinzón, armadores de Palos, merced a los cuales pudo Cristóbal Colón realizar su viaje.

Concurso Infantil

¿Dime, niño, tú qué quieres ser?

Muchas respuestas estamos recibiendo; pero lo prometido es prometido, todas se publicarán; ahora que para que no se retrasen demasiado, las pondremos en letra más pequeña y así irán más de cada vez.

16

Quisiera ser una niña obediente y buena para ser excelente «Hija do María» honrándome con llevar su nombre.—Conchita Llanes Posada.

17

Yo quisiera ser tan santa como Teresa de Jesús.—María Antonia Caveda Diaz.

18

Ojalá llegara alcanzar tanta gloria como Juana de Arco.—María Josefa Caveda Diaz.

19

Yo voy a ser artillero, valiente como papá y quiero ir a la guerra para matar muchos moros.—Pepín Caveda Diaz.

20

Un servidor de usted desea ser un buen ingeniero, si con dicha carrera puedo dar honra y gloria a Dios.—Higinio María Gutiérrez Rocas.

21

Yo, maestra normal, llevando por base la Doctrina Cristiana, que es el fundamento para obrar bien.—Manolita Gutiérrez Rocas

22

Deseo ser monjita del Santo Angel y ser muy buena para dar ejemplo a mi hermana menor.—Ninetta Gutiérrez Rocas.

23

Si es de la voluntad de Dios, yo sería gustosa profesora de piano, para tocar y cantar cosas bonitas a la Santísima Virgen.—Ernestina Gutiérrez Rocas.

24

Aunque te parezca mal
Quiero ser un corrosivo,
Y tal que no quede vivo
Ni siquiera un liberal.
Eugenio Mediavilla.

25

Yo, quiero ser una niña muy obediente, aplicada y cariñosa, para que Dios y mis papás me quieran mucho.—Paulita García Fernández.

26

Quiero ser maestra, para enseñar a las

niñas a obedecer a sus papás, y a ser buenas para ir al Cielo.—Eugenia Bertrand Suárez.

27

Quiero ser Profesora de canto para enseñar a cantar a los niños, «Bello Gijón» y todos los cantares que sé.—Dinórah Bertrand Suárez.

28

Quiero ser Jesuita, para decir Misas y sermones.—José M.^a Junquera F. Carvajal.

29

Quiero ser arquitecto, como papá.—Victoriano G. de la Cruz.

30

Deseo ser maestra para enseñar a los niños.—María G. de la Cruz.

31

Yo quiero ser muy buena y no vivir nunca en pecado mortal, para ir al cielo.—Carmen Cores y Valdés.

32

Mi aplicación no es mucha;
Pero aspiro a buena cosa,
Pues quiero ser ingeniero,
Que es carrera ventajosa,
Fernando Cores Valdés.

33

Quiero ser Profesora de piano y con la música quiero parecerme a los ángeles.—Concepción Cores Valdés.

34

Yo, mi afición es ser Profesora de piano y enseñar a las niñas a cantar a la Virgen.—María Luisa Cores y Valdés.

35

Quiero ser Comerciante.—Manuel Suárez Fernández.

36

Quiero ser Carpintero.—Faustino Suárez Fernández.

37

Yo modista.—Carmina Suárez Fernández.

Los vivos y los muertos

—¿Hasta cuándo van a estar tocando esas campanas?

—Hasta mañana a medio día, señorito.

—Pues estamos frescos. No sé por qué no inventan los curas un medio de llamar a los beatos sin molestar al vecindario.

—Es que mañana es el día de los difuntos, se atrevió a decir la doméstica que estaba más enterada de estas cosas que su amo que no sabía en qué día se comía el pan.

—Pues mira, si me acuerdo de eso me marchó al campo y no me coge aquí la fiesta, porque lo que es la musiquita es poco agradable.

El que así protestaba del ruido de las campanas era mi vecino D. Hipólito, prestamista de ochenta por ciento, que en su vida se le ocurre quejarse de los martillazos que desde las seis de la mañana hasta las seis de la tarde da el maestro herrero a quien D. Hipólito le tiene alquilado el piso bajo de su casa, ni del sastre a quien le tiene alquilado el entresuelo y cuyas oficiales se pasan hasta las doce de la noche cantando a coro las coplas del *Morrongo* y otras piezas escogidas.

D. Hipólito a quien no le molestan ninguno de estos ruidos, se lo llevan los diablos por anticipado en cuanto oye las campanas de la vecina Parroquia, especialmente si tocan a muerto, porque se figura él que le están diciendo: «hoy se ha muerto fulano,

cualquier día te toca a ti el turno, y tienes que dejarte los cincuenta mil duros que has hecho con tus operaciones al ochenta por ciento.»

La verdad es, que si no fuera por la pícara muerte a la que tiene un miedo horroroso, mi vecino sería el hombre más feliz de la tierra. Poco que goza él sacando y resobando su dinero y echando cuentas sobre el vencimiento de los pagarés... Pero amigo, el día que tiene lo que él llama mala sombra de tropezarse por esas calles con un entierro, ya hay mal humor para rato. No digamos nada si entre los pobres del acompañamiento se encuentra con antiguos clientes a quien D. Hipólito a fuerza de operaciones ha llevado a los Asilos Benéficos...

¡Qué manera entonces de quitarles a los infelices la honra, que era lo único que les había dejado!

¡Manos rotas! ¡pródigos! ¡locos!; de todo esto los califica; porque para D. Hipólito no es hombre de juicio más que el que ha sabido hacerse una buena fortuna de buena o mala manera.

Sin llegar hasta la exageración a que llega mi vecino el usurero, a la generalidad de los que rien, gozan y quebrantan los mandamientos, les revienta todo lo que de más o menos cerca les recuerda la muerte.

Por eso precuran por todos los medios que puedan alejarlo de sí.

Los cristianos de los primeros tiempos enterraban a los muertos en las catacumbas que eran los templos de entonces; y allí junto a los restos de sus hermanos elevaban sus preces al cielo, rogando a Dios por las almas de los que les habían precedido en el camino de la eternidad. Pero a medida que el hombre ha ido perdiendo aquellos primitivos fervores, ha ido alejando de sí a los muertos hasta llevarlos a unos cuantos kilómetros de las ciudades, a donde apenas si por costumbre va a hacerles una visita el día 1.º de Noviembre; y para eso, antes transforma la mansión de la muerte en una exposición de cintas, flores y coronas, con las que las desconsoladas familias se disputan los elogios de la concurrencia.

Y pasadas las fiestas, se descuelgan los

adornos, se cierran las puertas, y hasta el año siguiente la mayor parte de los vivos no vuelven a acordarse para nada de los muertos.

La sensibilidad de nuestros nervios no nos permite hoy ocuparnos de cosas tan tristes.

—Y después de todo ¿qué más quieren nuestros muertos? ¿No les hemos comprado la corona de más precio que había en *Funeraria* que es el establecimiento mejor surtido en géneros de esta clase? Es verdad que pudiéramos haber empleado en limosnas y en misas el dinero que hemos gastado en coronas; pero entonces no se hubiera enterado nadie.

Todas estas costumbres están llamadas a sufrir un cambio radical en cuanto los partidarios de la cremación de los cadáveres consigan hacer adoptar su sistema.

El día que esos modernistas, consigan cambiar las actuales prácticas, podremos tener en casa a nuestros antepasados, reducidos a polvo impalpable, metidos en frascos más o menos artísticos y colocados sobre las mesas, como tenemos ahora todas esas chucherías que no sirven para nada. Ocurrirá que el día menos pensado se nos presentará nuestra costilla diciéndonos:

—Fulano, he despedido a la muchacha.

—¿Qué ha hecho?

—Una cosa que no quiero decirte para que no tomes un disgusto muy gordo.

—Dilo mujer, que ya me estoy figurando lo peor.

—Ha hecho pedazos el frasco de las cenizas de tu abuelo.

—¡Horror!!

Clavariana.

Los partidos revolucionarios podrán lograr que la multitud enfurecida combata un día, al modo de los esclavos, en un arranque de desesperación, para derribar al déspota y entronizar otras déspotas. Lo que no lograrán jamás es la formación de una ciudadanía viril y honrada. Esta es patrimonio sólo de la moral católica.

Antes, sí; pero ahora...

Los viejos dicen algunas veces que la Prensa es una obra nueva, y que antes se salvaban muy bien las almas sin necesidad de diarios. Antes, sí, antes. Pero estas cabezas ligeras no se fijan que antes el veneno de la mala Prensa no estaba extendido por todas partes, y, por consiguiente, que el contraveneno de los buenos diarios no les era igualmente necesario. Pero no se trata de antes, sino de ahora. Y bien, es un hecho que ahora el pueblo cristiano es engañado, envenenado y perdido por los diarios impíos. En vano constituiréis iglesias, predicaréis misiones y edificaréis escuelas; todas vuestras obras, todos vuestros esfuerzos serán destruidos, si no sabéis manejar al mismo tiempo el arma ofensiva y defensiva de la Prensa católica, leal y sincera.

PÍO X.

La luz que más alumbra

—Dime, Manuel: ¿Cuál es la luz que más alumbra?

—La luz eléctrica.

—¡Quiá! hombre, si en tiempos de ella parece que vemos menos que en los del clásico candil.

—Pues, si no, la del Sol.

—Tampoco; porque, con los siglos que lleva alumbrando, aún no nos ha sacado de las tinieblas.

—Pues entonces, tú dirás cuál es.

—La candala mortuoria, cuyos tenues resplandores son los únicos que nos hacen ver que toda la vida estuvimos oscurecidos por la soberbia y la ignorancia.

Imp. de Lino V. Sangenis.—Gijón

PAÑOS Y NOVEDADES
LA SIRENA

Corrida, 86 y 93

GIJON

FUNERARIA DE

Hijos de Feliciano Rodríguez

FUNDADA EN 1874

La más antigua de la provincia

Moros, 40.—GIJÓN—Teléfono 103

SERVICIO PERMANENTE

—: Prontitud, esmero y economía :—

IMAGENES Y ALTARES

Para adquirirlos recomendamos los laureados y acreditados talleres de

JOSE TENA

BAJADA PUENTE DEL MAR, 1

VALENCIA

No dejar de consultar esta casa.

Acebal, Rato y Comp.ª

FUNDACION DE HIERRO

Barrio del Tejedor.—GIJON

Cecinas cerradas desmontables, todas de hierro fundido y por lo tanto de gran duración; no necesitan material de albañilería; pieza inutilizada se sustituye por otra, evita este sistema las cucarachas o correderas, y su montaje se hace en quince minutos. Se fabrican para leña, carbón y cok o solo para la combustión de carbón y cok.

Patentada con el núm. 50.313

Se fabrican también de todos los demás sistemas y se elabora cuanto se relaciona con el ramo de fundición de hierro, como placas, lucernas, bajadas de aguas, tubería, parrillas, etc

BANCO DE CASTILLA
SOCIEDAD ANONIMA FUNDADA EN 1857

Infantas, 31. MADRID

Agencia de Gijón: Calle de los Moros

Cuentas corrientes, Giros, Cobros, Comisiones, Compra y venta de efectos públicos, monedas y billetes de Banco extranjeros, Cartas de crédito, Descuentos, Préstamos, Cuentas corrientes con garantía de valores, Depósitos, etc.

CAJA DE AHORROS

Imposiciones desde UNA peseta en adelante al 3 por 100 de interés anual.

:: MAURO ENTRIALGO ::

Agente de Negocios, matriculado

Gestión y despacho de toda clase de asuntos en las Oficinas públicas de toda España. Administración y compra-venta de fincas. Préstamos hipotecarios. Seriedad, actividad y reserva absoluta.

Despacho: San Bernardo, 96.—GIJON

**FÁBRICA DE ORNAMENTOS
Y ARTICULOS DE IGLESIA**

de JOSE SALA BRUNET

calle de la Canuda, núm. 9—BARCELONA

Casullas y ternos completos, de damasco y tapicería, desde lo más sencillo a lo más rico que se pida, tanto en tejidos como bordados.

Se bordan estandartes, banderas y túnicas para imágenes, en oro y sedas, a precios módicos y tan buenos como se deseen.

EL LIBRO MAS UTIL DE TODOS
es el

RECETARIO DOMESTICO

del Ing. Gherzi y el Dr. Castoldi

En las 5.667 recetas que contiene se encuentra solución para todos los problemas de la casa.

Un volumen de 1.014 páginas, Ptas. 12.

GUSTAVO GILI, editor, Barcelona.